JUNTA PARA AMPLIACIÓN DE ESTUDIOS E INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS
CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS

AÑO I — ARCHIVOS DE LITERATURA CONTEMPORÁNEA — NÚM. III

ÍNDICE LITERARIO

OCTUBRE
1 9 3 2
MADRID

ARCHIVOS DE LITERATURA CONTEMPORANEA

ÍNDICE LITERARIO

Publicará al año diez cuadernos, correspondientes a los meses de enero, febrero, marzo, abril, mayo, junio, agosto, octubre, noviembre y diciembre. Se propone informar puntual y objetivamente, a los estudiosos de nuestra literatura y al público en general, sobre la producción literaria española contemporánea, dando reseñas o análisis sumarios de libros de reciente aparición, incluyéndose asimismo, en su caso, en cada número de Indice Literario, trozos de las críticas más importantes que hayan suscitado en la prensa, al salir a luz, las obras reseñadas.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España		10 ptas. (año).
Extranjero		12 » (»).
Número suelto	España	1,—
	Extranjero	1,25

CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS.—MADRID

Medinaceli, 4.

SUMARIO DEL NÚMERO III

Páginas

1. Memorias recientes 73

2. Reseñas:

a) Novela y narraciones 78
b) Ensayos literarios 87
c) Poesía 88

Literatura histórica:

d) Historia 89
e) Biografía 91
f) Memorias 93
g) Temas contemporáneos 94

ARCHIVOS DE LITERATURA CONTEMPORÁNEA

INDICE LITERARIO

Año I. Núm. III.	CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS Medinaceli, 4.-Madrid.	Octubre 1932.

MEMORIAS RECIENTES

Historia contra imaginación. En un artículo de *Índice Literario* pasado *(Índice Literario,* II, pág. 41: «La novela de lo actual») comentábamos la inclinación de nuestra novela moderna hacia el tema histórico. Este mes nos ofrece, junto a una novela de tipo imaginativo, de fantasía libre y caprichosa, como el «Policéfalo y señora», de Gómez de la Serna *(Índice Literario,* III [68]), dos obras de un género de literatura histórica que no suele abundar mucho en España: el libro de memorias. Por un singular acaso, el contenido cronológico de ambos libros empalma, poco más o menos. El uno empieza, en efecto, donde acaba el otro. Entre los dos cubren el espacio de tiempo que va de 1885 al día de hoy. El primero, «El ocaso de un siglo» *(Índice Literario,* III [78]), continuación de la obra emprendida por el Sr. Gutiérrez Gamero bajo el título general de «Mis primeros ochenta años», abarca el reinado de Alfonso XII y la Regencia hasta los umbrales del desastre colonial y del nuevo siglo. El segundo, de D. Antonio de Hoyos y Vinent *(Índice Literario,* III [79]), se inicia en la época de la reina Cristina y nos deja en 1932.

Hay una diferencia capital entre los dos libros, proveniente en gran parte de la condición social de sus respectivos autores. El libro del Sr. Gutiérrez Gamero es el de un escritor de ojos despiertos y felicísima memoria, que registra desde su estado social

burgués todos los hechos de la vida en torno, de una vida no encerrada en límites de clase social o en un criterio de selección artística. Todos los hechos, por su simple razón de suceder, tienen acceso a estas páginas. Tono de periódico resumido, de condensación de noticias elaborada por el tiempo, de salvación de la anécdota. Del rey abajo, todos. La muerte de Alfonso XII, el asesinato del obispo de Madrid, el estreno de «La Gran Vía», la inauguración del restaurante de Lhardy, la desaparición del novelista Fernández y González, las intrigas políticas, la boda de Cánovas, el ingreso de Pereda en la Academia, etc., se codean con esa incoherencia del suceder vital, y sin intento de introducir en él un criterio selectivo o una sistematización que obedezca a tales o cuales ideas. La unidad de la obra está precisamente en este tono familiar y sencillo, en este punto de vista burgués del hombre que cuenta a sus nietos con vivida agudeza de recordación y con cierto gracejo casero lo que vieron sus ojos. El libro del Sr. De Hoyos y Vinent, en cambio, es cosa muy distinta. Su título—«El primer estado»—, y sobre todo el subtítulo—«Actuación de la aristocracia antes de la Revolución, en la Revolución y después de ella»—, nos señalan ya claramente que estas memorias escritas por un hombre de clase, ceñidas particularmente al estudio histórico de una clase social, aspiran a algo más que al simple registro de hechos. Dice el autor, en el prólogo, que quiere contar lo que ha visto «como hombre de mundo y con los antipáticos lentes de la filosofía y de la sociología». Poca filosofía hay, realmente, en el libro, y no mucha sociología en verdad, pero sí bastante mundo. El Sr. De Hoyos y Vinent escribe, pues, unas memorias, pero en torno a un tema concreto de la realidad social española: la nobleza. Estas memorias no son un libro de despreocupado; son obra, por el contrario, de un preocupado de ser lo que es: un aristócrata de nacimiento que siente la responsabilidad de su clase y quiere en cierto modo hacer un balance de las cuentas entre España y la aristocracia española. No se puede negar—no intenta ciertamente negarlo el autor—que, en el resultado, el «debe» de esa aristocracia es enorme, su «haber» escasamente computable. El Sr. De Hoyos nos cuenta sus primeras experiencias de la vida de sociedad tal como la ve en su salida inicial al mundo. Época de María Cristina. Un antiguo palacio en las Vistillas. Visión confusa y evocación literaria. Como centro de la vida

aristocrática, la figura de la Regente, y en torno suyo una cierta afición a las paradas, a la pompa y al boato en las ceremonias. Es el momento de la «Salve», los sábados, en la iglesia de Atocha, del paseo por el Retiro en los lujosos trenes con sus variados nombres franceses e ingleses, sin mezcla alguna de elemento burgués; tertulias en amplios salones diplomáticos, cuadro que, o bien por el cariño con que el autor lo rememora, o por la firmeza con que va encajando ya en su situación histórica, es el que tiene mayor riqueza de sugerencias literarias. Ya se da cuenta el autor de la insulsez y vacuidad de esa vida y de las gentes que la traman: «no leía nadie; los extranjeros pasmábanse de que aun las damas que pasaban por ingeniosas *no sabían nada de nada:* no hojeaban, no diré yo ya un libro, pero ni aun una revista; pasaban las horas y los días de chismorreo, y cuando estaban solas y se aburrían... ¡hacían solitarios!». Nos cuenta luego sus días en Viena, las reuniones mundanas en los salones de la Embajada a cuya cabeza estaba su padre, y, al retorno a España, el gran hecho de la guerra colonial con todos sus tristes capítulos: Santiago de Cuba, Cavite... ¿Qué hace la aristocracia ante la guerra? «Una inconsciencia absoluta parecía dominarla». Y cita el autor aquella frase atroz de una elegantísima damisela, que ante las posibles consecuencias desmembratorias de la guerra no dijo otra cosa que ésta: «Yo, mientras me dejen Madrid y un puerto para veranear, tengo bastante.» Poco a poco, la elegancia se va transformando; las reuniones son más pobres, las casas están peor alumbradas, mal caldeadas. Según el Sr. De Hoyos, la transformación principal consiste en que la elegancia pierde su valor de género, su vinculación a una clase o a un nombre, y se convierte en algo más personal. Nos presenta el autor tipos salientes de la sociedad de esta época, como la duquesa Rosario de Alba en su gran palacio de Liria. Describe luego, en uno de los parajes de más fuerza evocativa, el puerto de mar aristocrático, Zarauz, con la concentración, en esa playa elegante y retirada, de todo el orgullo señoril. También nos asoma a la vida alegre de la época, a las juergas, a las costumbres de las pecadoras más a la moda. Pero entre esta parte puramente anecdótica no olvida por un momento su tema esencial: la inacción de la aristocracia, su indiferencia ante las necesidades básicas del país. «En el transcurso de los veintiocho años que duró el reinado del último Borbón, los rasgos, los esfuerzos y las maniobras de la

aristocracia española fueron nulos o a lo menos muy insignificantes.» En la publicación de la importante revista «Alma Española» se acusa, para el autor, el apuntar de una conciencia nueva y al propio tiempo el síntoma de un mal latente: «la hostil incompatibilidad entre el rey y la intelectualidad». Aún se conserva en la vida social un sector particularmente curioso: el formado por los carlistas, en quienes se aprecia, a juicio del autor, un señorío poco frecuente, sin nada grosero ni banal, acompañado de eminentes virtudes de resignación y hospitalidad. Cruzan también por las páginas la figura del P. Coloma en sus últimos años, y las de las duquesas de Fernán Núñez y Medinaceli. Paralelamente a la crónica de sociedad, que es uno de los elementos del libro, se desarrolla la crónica política: aparición de Maura en la política española. Tampoco la aristocracia comprende a este político. Le deja solo. Y cuando continúa la vida fácil de la nobleza en el veraneo cosmopolita de un Ostende o de un Biarritz, estalla la guerra europea. En las clases aristocráticas «nadie parecía darse cuenta de la importancia enorme de la tragedia»; disminuye, claro es, la vida social, pero el automovilismo, el juego, los deportes, la galantería cosmopolita arrecian. A todos estos nuevos usos consagra el autor líneas curiosas; incluso registra en un pasaje la franca admisión del *maquillaje* femenino. Todo ello, en conjunto, se llama aumento de la inmoralidad acarreada por el dinero que empieza a rodar sobre España. Termina la guerra, y los aristócratas, que no se habían dado cuenta de la honda significación de la revolución rusa, tampoco perciben el cambio profundo que la paz traía consigo: «las gentes se hacían la ilusión de que la vida iba a reanudar su marcha igual, tal vez en mejores condiciones...» «Seguían, pues, sin darse cuenta, aferrados a un estatismo que, cubriendo los ojos como los avestruces para no ver el peligro, permitía creer que el peligro no existía.» Y en estos años va decayendo más y más la cerrada vida aristocrática. La sociedad como sinónimo de aristocracia termina. Todo el mundo es elegante; se va a bailar a los hoteles todos confundidos, se toman «cock-tails» en los bares, junto a las peripatéticas de moda, y el deporte va ganando todas las clases sociales. Llega la Dictadura. El autor examina su génesis con bastante imparcialidad. La aristocracia, en general, admite al Dictador, le tolera, tiene por él «los respetos que mandaba el rey». Nada más. En el problema catalán, la aristocracia catalana se equivoca. La

restante se queda al margen. Y aunque al caer la Dictadura reaparezca, ya es demasiado tarde. «El gran mal de la aristocracia española, que representó y aun poseyó grandes valores morales, fué la apatía. Y apática continuó siendo. Ni había preparado los elementos para influir en la vida social ni, ya en el poder, trató de hacerlos valer si los tenía, de crearlos si estaban por hacer.» Y ni siquiera cuando estalla la Revolución la hace frente con denuedo; «da la impresión, observa el autor, de no haberse dado cuenta ni hecho cargo de la trascendencia que para su propia vida tenían los acontecimientos».

Melancólicamente termina el libro, este libro que su autor califica—y no sin razón—de «libro sincero, sin antipatías sectarias». Compuesto, a ratos, de descripciones y recuerdos de un tipo de vida social observado directamente, sin gran empeño literario, corre, sin embargo, por detrás de él todo un tono de derrota y de desengaño. Y de seguro será siempre el testimonio auténtico de la vida y errores de una clase social, contados por alguien que vivió en ella y con ella y que fué solo en arrepentirse públicamente por los demás.

RESEÑAS

DE LIBROS PUBLICADOS DE AGOSTO A OCTUBRE DE 1932

A) NOVELA Y NARRACIONES

CABEZAS (Juan Antonio).—*Señorita 0-3* (novela).—Editorial Oriente.—Madrid, 1932.—159 páginas, 8.°—Pesetas 4.

Novela de avanzada modernidad en cuanto a la forma. El relato, en ella, aparece apoyado sobre un fondo de actualidad en que abundan las alusiones a temas sociales, conflictos y problemas de nuestros días, hallando todo ello su expresión en un estilo vivo, que se distingue por la riqueza imaginística, beneficiando en gran medida de las conquistas estilísticas de la literatura más reciente. La protagonista, Eléctrica—la «Señorita 0-3»—, empleada en la Telefónica, conoce, de regreso de unas vacaciones, a Pedro, muchacho que va a la capital a ser soldado. En el viaje se inicia un *flirt* que termina a la llegada; ella ocupa de nuevo su puesto en la Telefónica y él va al cuartel. Pedro tiene dos amigos: Pablo, empleado, como Eléctrica, en la Telefónica, hombre apacible, de aspiraciones modestas; el otro, Andrés, es un revolucionario idealista, que inculca sus doctrinas a Pedro. Éste, que no ha olvidado a Eléctrica, desea encontrarla de nuevo. Por medio de las conferencias telefónicas sostenidas por Eléctrica o por Pablo, el autor se ocupa de temas del momento: estado del mundo, cambios y bolsas, etc., y hace asimismo una división de las llamadas, según las diferentes horas del día. A primera hora, la servidumbre y los proveedores; luego, los negocios; más tarde, las visitas y paseos, para acabar con las citas de enamorados. Por el teléfono, también, una noche se conciertan todas las provincias, y estalla la Revolución. Se declara la huelga general, hay represiones, y Andrés es herido y muere. Pedro, que ha salido a la calle al mando de una ronda, encuentra casualmente a Eléctrica y reanudan su amistad, que pronto termina en amor. Pero la «Standard» no permite el matrimonio a sus empleadas; ¿qué hacer, pues? Eléctrica es comunista y asiste a conferencias marxistas. Entre tanto, Pedro ha cumplido y vuelve a su tierra con el propósito de regresar a Madrid y libertar a Eléctrica de la tiranía del empleo. Se despiden una tarde en el campo. Al otro día, Eléctrica, como siempre, recoge las noticias que le trasmiten los hilos telefónicos. Así se entera de que el autobús en que viajaba Pedro ha caído a un río y se han ahogado todos los viajeros. [67]

*

GÓMEZ DE LA SERNA (Ramón).—*Policéfalo y señora* (novela). — Espasa-Calpe, S. A. — Bilbao, Madrid, Barcelona, 1932.—227 páginas, 8.°—Pesetas 5.

Con Perfecto Tully—«Policéfalo»—, hijo mimado de un opulento almacenista bonaerense, nos presenta el novelista el resultado terminal de la mezcla, a través de varias generaciones, de siete razas distintas, europeas unas, otras asiáticas, en tierra argentina. Las contradicciones morales e intelectuales, las diferencias físicas, el complejo, en fin, de esa baraja de influencias raciales diferentes, se conjugan en el personaje novelesco en un tipo nuevo: el del joven argentino, nuncio—según el autor de la novela—del hombre de un futuro no lejano, «en que todos los hombres serán argentinos»; es decir, pertenecerán a razas cruzadas. Perfecto Tully es, además, un ávido gozador del presente, que derrocha con la misma facilidad y garbo con que da aire a la hacienda paterna. «Entre broma y broma, y con rapidez que no se hubiera comprendido en el viejo mundo», toma un día por esposa a «la dulce Edma», en cuyo árbol genealógico no abundan menos que en el del marido los injertos raciales. Una vez casados en su Buenos Aires natal, «Policéfalo y señora» emprenden su viaje de bodas «hacia el mundo, buscando las cunas de sus antecedentes más queridos». En la capital de España—donde se dirigen ante todo—encuentran, nos dice el narrador, «lo más sabido, lo que era copia de la ciudad de su alma, lo que hubo en canela en rama en el Buenos Aires primero». De Madrid pasan a París; de aquí a Dublín, para volver a París de nuevo. A través de las idas y venidas de los personajes, en cada alto en un hotel, en una ciudad diferentes, afloran a su actualidad el acento, la fisonomía de un antepasado distinto, haciendo de los dos viajeros, desde el primer momento, «la disparidad inevitable». Así los define el novelista, que crea en torno a ellos y a sus diálogos—en que no hacen más que poner de relieve lo incomunicable de su intimidad respectiva—el ambiente incanjeable de cada instante, recogiendo las reacciones por que va pasando el personaje, no ante el mundo físico, sino obedeciendo al oscuro influjo ancestral, predominante en cada momento. Los recién casados viajeros, dóciles a ese vaivén de influjos, pasan del arrebato apasionado a la antipatía recíproca, al despego, al odio. Un día en que toda la intemperancia de sus siete razas estalla en él, Perfecto golpea a su mujer, que huye de su lado. Con el escándalo viene la separación. En Roma invalidan el matrimonio. Perfecto, de vuelta en París, se dedica a coleccionar aficiones nuevas, para olvidar a Edma. Este mismo propósito le lleva a vivir diversas aventuras con diferentes mujeres. Tras alguna de ellas llega a Venecia, pero al cabo retorna una vez más a París, donde recibe la noticia de haber sonado para él «la hora de las herencias». Ya ha visto «cumplidos todos sus deseos de mujeres, y matrimoniadas todas sus nacionalidades», y decide re-

matar su vida parisina con un rasgo fuera de lo común: llenos de billetes de banco los bolsillos, se dirige a un aeródromo, donde se pone al habla con un piloto aviador, al que contrata para que, en vuelo directo, le lleve de París a Buenos Aires. El dinero de Perfecto allana todas las dificultades que se oponen a la realización de su deseo. Al cabo de horas y horas de tensión, los dos viajeros llegan a la ciudad del Plata. Al cernerse sobre la ciudad, bajo el cielo porteño, Perfecto-Policéfalo encuentra por fin—nos dice el novelista—«en la heroicidad cumplida la ansiedad de superación que hay en su raza de siete colores, la superación en el blanco de todos los matices». [68]

DÍAZ FERNÁNDEZ (J.).—[Luz. *Madrid, 11 de octubre de 1932.*]—«*...La intuición maravillosa del escritor se manifiesta espléndidamente en este libro, donde lo que hay de americano no está tanto en los personajes y en las escenas como en la atmósfera que los sostiene. Y eso, la atmósfera, el tejido sutil y hasta inconsútil de una creación artística es, en todo caso, lo más importante...*

»*En realidad Policéfalo, el personaje de Ramón, es un trasunto de formas americanas, reflejo de ese cocktel de razas cuyo origen no es otro que la mixtura emigratoria. Policéfalo siente en su sangre el cruce de todas las corrientes humanas, porque en ella se han vertido las más varias modulaciones vitales. Por eso Policéfalo siente a cada instante el llamamiento de una mujer distinta, y en todas encuentra afinidades profundas, tan profundas, que quizá pudieran explicar mejor los biólogos que los artistas. El alma, pues, de Buenos Aires, ciudad cosmopolita, mezclada, multiforme, perenne y exótica, destila sus luces y sus sombras en las aventuras de Perfecto, el Policéfalo por excelencia...*»

SALAZAR (Adolfo).—[El Sol. *Madrid, 12 de octubre de 1932.*]—«*...En su última novela, más que clásico en sí mismo, Ramón es su propio académico. Una ramonería academizante, como parece ser que va bien a ese producto humano especial que es el americano culto. Ramón ha regresado hace pocos meses de América. Ahora comienza a soltar el chorro de su esponja tras de la experiencia subamericana. Pero, curiosamente, abundancia y parsimonia no son incompatibles en Ramón, y si bien se mira, la cantidad de americanismo que Ramón nos ofrece en «Policéfalo y señora» está diluída al uno por mil. Es que Ramón hace escalas y arpegios en la gama americanoide. Se está ensayando, y esta primera novela suya tras de su viaje a Buenos Aires es un primer conjunto de trazos, de ris ras del lápiz, croquis parciales de cuya resonancia en la memoria del lector surge la imagen apetecida, una imagen hecha toda de planos, sin volumen ni densidad, a facetas barajadas, en cuyo juego autor y espectador alternan mano a mano.*»

*

JARDIEL PONCELA (Enrique).—*La «tournée» de Dios* (novela casi divina).—Primera edición.—Colección de grandes novelas humorísticas.—Biblioteca Nueva, calle de Lista, 66.—Madrid, 1932.—387 páginas, 8.°—Pesetas 6.

Encabeza el libro un «Prólogo en mesa revuelta», en que el novelista expone sus opiniones sobre «el campo, la República, las derechas, las izquierdas, este libro, su autor, Dios, los ateos, el comunismo y la humanidad». Desde las primeras páginas del prólogo, lo mismo que en el cuerpo de la novela, no se perdona recurso tipográfico que pueda contribuir a realzar una frase, su importancia para el relato o, simplemente, traducir un capricho del humorista: la narración, gracias a este procedimiento, se incorpora el letrero cinematográfico, cuando no la disposición del anuncio volandero. Por otra parte, los capítulos en que se divide el relato no aparecen impresos con arreglo a un orden correlativo, sino ateniéndose a la sucesión cronológica de los hechos en ellos contenidos, de suerte que la novela empieza por el capítulo XX, en el que se inserta, a modo de inciso, el I, etc. El tema central de la obra, como el título de ésta indica, lo constituye un viaje de Dios a la tierra. Las agencias de informaciones comunican un día al mundo entero la noticia de que el romano Pontífice ha tenido una visión, en el curso de la cual le ha anunciado el mismo Dios su próxima venida a la tierra. La primera reacción de la humanidad, ante la estupenda noticia, se limita a poner en tela de juicio el estado de salud mental del Sumo Pontífice. Pero las visiones de éste se repiten. El mundo entero empieza a agitarse. El Papa ha conseguido al fin descifrar ciertas oscuras palabras de Dios, sacando en consecuencia, por ellas, que el Hacedor «aterrizará» en Getafe, en el Cerro de los Ángeles, en determinado día. Todos los pueblos del mundo esperan ansiosamente la llegada de ese día. España, particularmente, vive horas de fiebre, de exaltación delirante. El día señalado, adoptadas por las autoridades todas las precauciones posibles, aparece Dios en el Cerro de los Ángeles, en la figura de un caballero de edad madura, de apariencia modesta y amable, tocado con un sombrero hongo color café. A esperar a Dios han acudido el Papa, representaciones del clero católico universal, el cuerpo diplomático, el gobierno español y un gentío inmenso de todas las nacionalidades. La llegada de Dios da lugar a sangrientos incidentes. Las apreturas de la inmensa muchedumbre congregada en un espacio insuficiente, la exaltación del pueblo, la energía con que la fuerza pública reprime a la multitud desbordada, ocasionan numerosas víctimas. Dios tiene que tomar el tren, protegido por la guardia civil y la policía. En Madrid se aloja en la catedral de San Isidro, visita museos y monumentos, al paso que el Papa, súbitamente enfermo, se recluye obstinadamente en la Nunciatura. Al paso de Dios por las calles se aglomera el

pueblo. Menudean los suicidios determinados por la exaltación religiosa. La vida de la ciudad se halla en suspenso en todos sus aspectos. Pasados los primeros días, sin embargo, el interés general decae. Dios, cediendo a los requerimientos de los que le rodean, decide hablar al pueblo. Para ello escoge como lugar la Plaza de Toros, donde pronuncia un largo discurso, en el que deshace la imagen tradicional de su Divinidad ofrecida por unos y otros a través de los tiempos. El resultado inmediato del discurso es que Dios se ve abandonado por todos los que se apiñaban en torno suyo, con las únicas excepciones de un periodista de moral dudosa y un aventurero. Aún permanece Dios unos días en Madrid, de incógnito. Los que le reconocen en la calle apenas vuelven la cabeza a su paso. Un día, los dos únicos amigos que le quedan al divino viajero lo llevan a una casa en que agoniza una criatura. Los padres del niño, los dos amigos de Dios, piden a éste un milagro. Dios se excusa. ¿Cómo va a ir Él contra las inmutables leyes que ha dado al mundo? Al fin, rindiéndose a las súplicas, pone al niño una inyección de aceite alcanforado. A poco muere la criaturita. Dios, abandonado por sus últimos amigos en la tierra, toma a la mañana siguiente el tren de Getafe, como un vulgar viajero. Entretejida en la trama de la narración principal, corre la historia de los amores de un escritor y una actriz, los mismos que, al final de la novela, acuden a Dios pidiéndole que obre el milagro de salvar al niño en la agonía. [69]

PÉREZ FERRERO (Miguel).—[Heraldo de Madrid. *Madrid, 4 de agosto de 1932.*]—«*...Tal vez ahora, cuando los habituales del comentario traten de este libro, quieran traer a él esas palabras que siempre, y ya por costumbre, suelen mezclar con la fijación de humorismo. Que añadan esas casi trascendentales palabras:* amargura, ensañamiento, ensañada crítica del Mundo y sus ideas... *En el libro de Jardiel Poncela, «La* tournée *de Dios», yo no encuentro—y puede ser que sea mejor para la obra—ninguna de esas intenciones, ni tal estado de ánimo supongo que existió al escribirlo su autor. Dios viene en medio del extraordinario recibimiento con que al Supremo Hacedor se recibiría, y se va después de quince días de estancia—creo que son quince—impopular. ¡Oh la ingratitud y el olvido de los pueblos! Pero Dios, repitamos con el árabe y no con el cristiano, es Dios, y, por tanto, es tan superior que no puede caber para él la amargura...*»

*

OTEYZA (Luis de).—*Río Revuelto* (novela).—J. M. Yagües, editor.—Madrid, 1932.—290 páginas, 8.°—Pesetas 5.

José María Martín, estudiante de Farmacia en Madrid, es encarcelado a consecuencia de una algarada estudiantil, y una vez

en libertad es llevado a París por su madre, que quiere evitar así la repetición del hecho. En París entra el estudiante al servicio del Doctor Ulises González, expatriado de una república de Centroamérica, Río Revuelto. El Doctor conspira para sustituir la tiranía de Cárceles, que tiene dominada a su patria, por una forma de gobierno más liberal. Esto entusiasma al mozo español, que tiene cerca, además, otro motivo para enardecerse con las ideas de Ulises González: en la secretaría de éste comparte el trabajo con Monchita, hija del conspirador, y por ella no vacila en lanzarse a la aventura de Río Revuelto.

Esta revolución, en la que toman parte diversos emigrados militares, un financiero yanki, etc., se hace de un modo muy sencillo, muy rápido, por de pronto. Pero para seguir adelante hace falta gente, y para ello se contrata a Lolo Acuña, bandido de quien se cuentan atrocidades y que tiene al país sometido a sus caprichos. Esta colaboración desencanta a Martín, que querría implantar la nueva forma de gobierno por medios más lícitos y suaves. Otros motivos de disgusto, todavía más graves, le esperan. Duda del liberalismo y aun de la honradez del padre de su novia, González. No ve que con la revolución haya cambiado en nada la situación del pueblo; a juicio suyo, no valía la pena de haber derrocado al déspota Cárceles para colaborar con los que fueron sus partidarios, en un gobierno que, bajo el nombre de liberal, no es más que una dictadura. Hay huelgas, represiones sangrientas, y un hombre que fué el alma de la revolución, espíritu generoso, liberal puro, cae, muerto a traición. Ya no espera más José María Martín, de cuyos ojos ha caído la venda que le impedía penetrar los verdaderos móviles que llevaron a aquellos hombres a hacer la revolución: la ambición, el negocio, el ansia de poder. Martín decide salir para España inmediatamente, casado con Monchita, que ha de renunciar a volver a ver a su padre, de quien el español Martín se avergüenza. Moncha vacila, se queda, al fin, y él parte sólo para Nueva York. Allí se entera, por las noticias de la prensa, de la revolución surgida en España, casi ve las semejanzas entre la situación que acaba de dejar tras de sí y la que se está produciendo en España, y ante el temor de encontrar en su patria un nuevo Río Revuelto, renuncia al viaje y se queda en Nueva York. La narración está conducida en todo momento con ligereza cinematográfica, sugiriendo en el ánimo del lector, por el simple juego de los episodios novelescos, las lecciones y juicios que constituyen la armazón mismo de la obra. [70]

MARQUERIE (Alfredo.)—[Informaciones. *Madrid, 16 de julio de 1932.*]—«*Luis de Oteyza, con el blanco salakof de los exploradores de selvas, con las manos quemadas por el sol de todos los países, proyecta sobre sus vivos, ardientes, volanderos libros, una sombra que excede y sobrepasa las aguas corrientes y molientes de nuestro río literario. Abre el compás de sus piernas*

y pone un pie en Centroamérica y otro en la China. Su figura de inquietado e inquietante viajero hemos de verla forzosamente así, por contraste con la labor de gabinete que distingue a la mayoría literaria imperante; andando sobre mapas y esferas, mantenida cabeza abajo, como en una risueña visión de los antípodas. Oteyza, destacando sobre la legión enana y asustadiza de los introvertidos y de los miniaturistas, es el admirable Gulliver de nuestras letras.»

*

URABAYEN (Félix).—*Tras de trotera, santera.*—Imprenta de la Asociación para Huérfanos de Infantería.—Toledo.—256 páginas, 8.°—Pesetas 5.

Doña Juana Rodríguez de Candeleda, tras una mocedad desenfadada y nada continente, se da, en la madurez de sus años, a obras piadosas y de catequesis, a las que consagra largamente su actividad y sus riquezas, mañosamente acrecentadas en fructíferos negocios. Fruto de sus devaneos moceriles han sido una niña, Elisa, a la que tiene consigo, presentándola como su ahijada, y un muchacho, Juan Pablo, que ha estado criándose en el molino de Erroz, en tierras de Navarra, donde es tenido—y a sí mismo se tiene—por hijo del molinero, hasta que, andando el muchacho por los doce o trece años, se presenta a recogerle el administrador de *la madrina*, súbitamente determinada en llevársele a Madrid y hacer de él un hombre. Trasladado a la capital, encuéntrase Juan Pablo en un medio completamente nuevo para él. Doña Juana vive con toda holgura, en casa propia, dirigida en lo espiritual y en lo terrenal, respectivamente, por su confesor y su administrador. Procura que nada les falte, en el orden material, a sus *ahijados;* pero, fuera de esto, apenas tiene relación alguna con ellos. Juan Pablo no tarda en percatarse de su verdadera situación, así como la de su hermanastra, con la que se encariña desde el primer momento, siendo bien pronto dominado por ella. Puesto en estudios, aprovecha rápidamente. La mecánica le atrae, y a la vuelta de pocos años monta en Madrid un importante garaje, que le produce abundante rendimiento. Elisa, entre tanto, sostiene relaciones amorosas con el abogado de Doña Juana, hombre hábil, cínico y simpático, que, distinto a más no poder de Juan Pablo, llega, sin embargo, a tener grande amistad con él. Espolean al mozo su hermana y el abogado para que se revuelva contra la tiranía clerical que pesa sobre la casa y amenaza con despojar a los dos hermanos, el día de mañana, de lo que en justicia les corresponde. Juan Pablo, que por entonces cae bajo el influjo de su primer amor, se encuentra entre dos poderes que buscan enderezarle al mismo fin (arrancar a Doña Juana y su fortuna de las ma-

nos del confesor), pero con tácticas diferentes. Elisa y el abogado están por la violencia, por el ataque descubierto; la novia aconseja prudencia, suavidad. Juan Pablo siente repugnancia por las intrigas domésticas a que quieren empujarle. En cambio, se contagia de la pasión civil que enciende a la juventud española contra la dictadura y la monarquía. El confesor de Doña Juana ventea en él al enemigo e inicia el acoso, primero solapado, declarado más tarde, del joven. Toma parte éste en conspiraciones republicanas, y es detenido, encargándose el fraile de conseguir su pronta libertad, aprovechando esta su intervención como un arma. En los días de la sublevación de Jaca, Juan Pablo desaparece de Madrid, adonde vuelve rápidamente, después de haber escapado de milagro a la suerte de sus compañeros de sublevación. Unas imprudentes y poco cristianas palabras del confesor a cuenta de los fusilamientos de Galán y García Hernández, dan lugar, en presencia de Doña Juana, a una violenta escena en que Juan Pablo increpa al nada evangélico fraile. La impresión que recibe Doña Juana es tal, que la hace caer sin sentido. Tras una grave y larga enfermedad, repuesta aparentemente en lo físico, queda moralmente convertida en una criatura amilanada e inerte. Empiezan a preocuparle sus hijos; teme, sobre todo, por las idas y venidas de Juan Pablo, al que hace acompañar por el cínico abogado. Juntos presencian ambos amigos las manifestaciones estudiantiles hostiles al régimen, duramente disueltas por la fuerza pública. Mientras Juan Pablo confía en la juventud y en su ansia de libertad y de justicia, su amigo se muestra escéptico. El confesor de Doña Juana, en tanto, no se aparta del lado de la enferma. Habla ésta de reconocer a sus hijos. Opónese a ello el fraile, alegando el escándalo que semejante reconocimiento supondría. Por fin disuade de su pensamiento a la señora, sugiriéndole que haga un testamento en comisión, legando en él su fortuna a una persona con instrucciones reservadas «para que dé cumplimiento a su voluntad». Sus cuantiosos bienes, de esta suerte, pasarán sin escándalo a sus hijos, no reconocidos. La persona encargada de cumplir la voluntad de la testadora será su propio confesor, que, en realidad, dará a esos bienes aplicación bien distinta. Mas cuando el abogado, Elisa y su hermano se enteran de lo ocurrido, ya es tarde. A la mañana siguiente se presenta a buscar a Juan Pablo su amigo el abogado. Su escepticismo político ha desaparecido para dejar paso a una insospechable exaltación republicana, ante el resultado de las elecciones municipales del 12 de abril de 1931. Juan Pablo, en cambio, siente alicortársele los pasados entusiasmos. Recorre con su amigo las calles de Madrid, desbordantes de júbilo popular. El revolucionario de poco antes va haciéndose melancólicas consideraciones. Vuelto a casa, el resto del día transcurre entre la emoción de las contradictorias noticias y reacciones políticas de la jornada y la agitación que en el ánimo de Juan Pablo despierta la agonía de su madre. La muerte de ésta pone fin

bruscamente a la narración. En el epílogo de la misma vemos de nuevo a Juan Pablo en el molino que sirvió de escenario a sus primeras y confusas rumias de adolescencia. Donde soñó de niño, sueña y trabaja ahora, alejado del mundo, en activa soledad.

La obra se ajusta esencialmente al arte de novelar, que podríamos llamar tradicional dentro de lo moderno. Encuéntranse en ella descripciones de paisajes vasconavarros, de calles y barrios madrileños. La frase, en estos pasajes, se remansa en un lirismo descriptivo, salpicado a trechos de toques irónicos. En las partes de pura narración, de exposición de sucesos, de caracterización de personajes o de ambientes, o en los trozos dialogados, campea, en cambio, un realismo fiel, y, al mismo tiempo, alejado del naturalismo. [71]

MARÍN ALCALDE (A.).—[Ahora. *Madrid, 24 de septiembre de 1932.*]—«*A las novelas de Toledo y a las de ambiente navarro, sigue esta nueva que lleva por título «Tras de trotera, santera», en la cual acomete Urabayen la empresa de calar en el Madrid postgaldosiano. No da comienzo a su tarea sin una previa inmersión en la atmósfera rural de las tierras nativas, donde tiene su arranque la fábula de la novela. De las espléndidas descripciones de la montaña navarra—menester deleitoso que sirve al autor para hacer gala de su rica gama pictórica y de su primigenia vena lírica—salta el novelista a las perspectivas antípodas del paisaje urbano con el tráfago trepidante de sus arterias en perpetuo hormigueo de vulgo municipal y espeso. La aventura acaba coronada por el éxito. Urabayen acierta en la elección de parajes representativos del Madrid actual. Su visión de la calle de Alcalá y de la Puerta del Sol es una muestra de sagacidad descriptiva que culmina en su revista al paseo de Martínez Campos, reducto de dos poderes: el teocrático y el de la Institución Libre de Enseñanza, puestos frente a frente...*»

*

MORA MARTÍN (J.).—*La cabaña* (novela).—Prólogo de Eduardo Barriobero.—Gráficas Domingo, Colegiata, 11.—Madrid.—126 páginas, 8.° m.—Pesetas 3.

La acción de esta novela se supone desarrollada en un pueblo de Castilla, pobre, con pobreza material y moral, por la ignorancia y limitación de sus habitantes. Salvador, figura principal de la obra, es un artesano culto, que lee a Renan, conoce la Reforma de Lutero y se interesa por cuanto pasa en España en el momento en que se desenvuelve la novela, allá por los días de las luchas entre liberales y absolutistas. El pueblo en que vive Salvador atra-

viesa por una grave crisis de trabajo, y esto le impide realizar su deseo de casarse con Remedios. El personaje, por otra parte, lucha por convencer a su novia de que deben unirse dejando a un lado las leyes, a lo que ella no accede. La falta de trabajo se agudiza, y Salvador sale de su tierra para establecerse en la provincia de Alicante, en pleno campo, donde alcanza cierto bienestar gracias a los trabajos agrícolas que emprende. Mas para su felicidad necesita a Remedios, a la que no olvida. Ésta, que se ha escapado de su casa por no casarse contra su voluntad con quien sus padres quieren imponerle, llega un día en busca de Salvador, con quien permanecerá unida para siempre en la Cabaña de los Siete Ahorcados, nombre de la hacienda donde Salvador trabaja. [72]

B) ENSAYOS LITERARIOS

GADEA BELTRÁN (José).—*Amores e ideas.* (Caprichos literarios.)—Centro Editorial Miguel Ángel.—Valencia, 1932.—217 páginas, 8.° m.—Pesetas 5.

En el prólogo habla el autor de la característica del siglo: la rapidez, que se refleja en la literatura «en el libro pequeño, en la novela corta», etc., y expone su deseo de escribir un libro... «variado y breve, sutil y ligero, grácil y elegante...» El mismo autor, al calificar su obra de «caprichos literarios», da idea del contenido del libro. Son composiciones breves todas ellas, cuarenta en total, de variada extensión y forma, ya que en ella aparece entreverada la prosa con el verso, y en estas últimas hay diferencias de métrica, con libertad de ritmo. La inspiración amorosa da el tema para la mayor parte de estos «caprichos»; así, los titulados: «Variaciones», «Risa loca y Prudencia», «Una aventura original», «Hilos que mandan», etc., etc., desarrollan todos la misma idea, el amor, en diversos aspectos y matices. Otros desenvuelven motivos de corte más grave: lo inalterable del amor paternal, en «Páginas sagradas»; una visión de la guerra en Marruecos, en «El combate»; cierta filosofía práctica, encaminada a huir del descontento, en «Mirada hacia el interior». Finalmente, hay composiciones que se podrían llamar simbólicas por la forma en que aparecen escritas; tales «La barca del leproso» y «El consejo del Ermitaño», entre otras. [73]

*

C) POESÍA

CARBALLO CALERO (Ricardo).—*La soledad confusa* (1929-1930).—Imprenta Nos.—Santiago de Compostela.—1932.—58 páginas, 8.°—Pesetas 3.

«La soledad confusa» es, según nos dice el autor en la poesía inicial del volumen, aquella en que se mueve el poeta y de la que aspira a salir a claridades y firmezas de astro o de roble. Las veinticinco poesías del libro obedecen a distintos rumbos poéticos. Nos hallamos primero con siete romances de temas de historia sagrada, como los de Caín y Abel, o Salija y José, de tono popular, como el de la recién casada, o de asunto moderno, como aquel en que se nos describe en lenguaje lírico el espectáculo de una playa en verano. Los tres sonetos corresponden a la corriente neogongorina que circula por nuestra lírica contemporánea. Y alternando con ellos hay poesías de forma libre, ya sobria y predominantemente conceptual, como «De aquella que tú has sido», ya de tipo francamente imaginista, como «Caza». Al final, la poesía abandona la forma verso en «El amor en la huerta», poema erótico en prosa. El libro refleja, sin una decisión acentuada por ninguna de ellas, las modalidades más frecuentes en la lírica de hoy. [74]

*

ROLÁN (Feliciano).—*Huellas.*—Imprenta Nos.—Santiago de Galicia.—119 páginas, 8.°—Pesetas 3.

Treinta y tres poesías componen este libro, divididas en cinco partes, que corresponden a las letras de la palabra «Huella». Alternan en él las poesías de exaltado lirismo y en tono de monólogo, como «Confidencia», «Soledades» y «Fiebre», con otras de tipo predominantemente descriptivo, entre ellas «Alba en la aldea» y «Litografía», sugestión poética del ambiente compostelano. A veces se reducen a breves anotaciones poéticas; así «Comienzo de ser», «Playa», etc. La inspiración es esencialmente amorosa, y el autor lo mismo emplea formas tradicionales, en ocasiones de tradición popular, que formas libres de las usuales regularidades poéticas. [75]

*

SAN ILDEFONSO (Mariano).—*El alma de Mujer Iris.*—Prólogo de Dionisio Pérez.—Primera edición.—Biblioteca de «Cultura».—Librería Puga, Paz, 5.—Madrid.—158 páginas, 8.°—Pesetas 4.

Poesía de inspiración romántica, amorosa y apasionada, que fluye por los cauces normales del novecentismo, con algunas incursiones en lo tradicional. El poeta canta en sus versos a la mujer en su diversidad, cifrada aquí en la complejidad espiritual de la musa—«Mujer Iris»—, en cuyo nombre, dice el cantor, ha querido siempre «*reflejar simbolizados—los colores de* su *alma—múltiples cual los del arco*». Las composiciones que integran el volumen están agrupadas, respondiendo a su afinidad de tónica, bajo las tres rúbricas: «Versos blancos», «Versos negros» y «Versos rojos». Son poesías breves, con las excepciones del romance inicial, que da título al libro, y del poema de corte descriptivo «El Caballero Insaciable (Aguafuertes)». La obra lleva un prólogo de Dionisio Pérez, en que éste traza elogiosamente la silueta del autor, haciendo rápido estudio de su personalidad poética en sí misma y en relación con la moderna lírica. [76]

LITERATURA HISTÓRICA:

D) HISTORIA

REPARAZ (Gonzalo).—*Episodios de una tragedia histórica.*—M. Aguilar, editor.—Marqués de Urquijo, 39.—Madrid, 1932. 225 páginas, 8.° m.—Pesetas 5.

Inicia el autor en el presente libro la investigación de la Historia de España; a su parecer, nuestro pueblo ha errado su camino, y debe emprender nuevos derroteros, si ha de ser algún día dueño de su destino. La gran tragedia histórica es, a juicio suyo, el divorcio que siempre ha existido entre la historia y la geografía patrias, entre el destino a que España estaba llamada por sus condiciones geográficas y los errores que la apartaron de su cumplimiento. Parte el autor de la tesis de que España y África son la misma tierra (la frase: «el África empieza en los Pirineos», se da aquí como una verdad histórica), con análoga formación geológica, y que africanos, o bereberes o iberos fueron los primeros pobladores de España, teoría esta última que sustenta apoyándola en la comparación de algunas voces de nuestro idioma, general-

mente pertenecientes a la toponimia, análogas en su formación y prefijos a otras que se encuentran en el Norte de África. De todo esto deduce el autor que España, en vez de laborar por su desafricanización, obra de siglos en nuestra historia, debió procurar la unión con África, forjar un gran imperio que comprendiera España y el Norte de África, con su sede en Gibraltar, dueña, así, de los dos mares, y punto de unión de ambas tierras. ¿Por qué no se hizo? Esto es lo que trata el autor de dilucidar en este libro, y en otros que se propone ir sacando a luz. Este que hoy se ofrece al lector abarca un espacio de tiempo que va desde los primeros pobladores de la Península hasta los tiempos en que reinaron en Castilla los Reyes Católicos y en Portugal Alfonso V, fijando su atención especialmente en aquellos episodios que hacen relación a las empresas y campañas acometidas en África o contra África por los soberanos españoles, señaladamente por los castellanos y portugueses. El imperio hispanomusulmán, la conquista de Ceuta, las campañas de Tánger, de Arcila, de Anyera, son objeto de detenido estudio, y en todas ellas es punto esencial la dominación del Estrecho, mirado por Reparaz como enlace de tierras hermanas, nunca como barrera o límite.

Otro hecho determinado por la geografía es el predominio que sobre la tierra hispana tiene el mar. Nuestro país es eminentemente marítimo, y el mar siempre ha tenido supremacía sobre la tierra, aserto demostrado por Reparaz con abundantes ejemplos tomados de la historia de aquellos pueblos que, fuertes mientras tuvieron el poder del mar, cayeron en decadencia al dejarse arrebatar ese poderío marítimo. El Estado español, olvidado siempre de su geografía, abandona las costas, «y en vez de hacerse navegante y traficante, se mete a ermitaño». Otro tanto podría decirse en cuanto al hecho de constituir la capital del Estado en el centro de la meseta, en vez de ir a buscar uno de tantos puertos que le habrían dado un horizonte más amplio. La separación de Portugal, hasta constituir un Estado independiente—como lo es hoy—, está asimismo determinado por la Geografía. El autor hace arrancar la secesión de muy atrás, de cuando eran sendos reinos Castilla y León, y Castilla adquirió la preponderancia sobre el reino leonés, lo que trajo como consecuencia la mayor importancia concedida a las tierras del centro y el abandono de la España atlántica, que vino así a conseguir su independencia sin gran esfuerzo.

El autor promete, al final del libro, una continuación de la historia emprendida, que abarcará desde los Reyes Católicos y Cisneros hasta la guerra del Rif. [77]

*

E) BIOGRAFÍA

OTEYZA (Luis de).—*López de Ayala o el figurón político literario.*—Primera edición.—*Colección de vidas españolas e hispanoamericanas del siglo XIX.*—Espasa-Calpe, S. A.—Bilbao, Madrid, Barcelona, 1932.—212 páginas, 8.°—Pesetas 5.

En esta biografía, el Sr. Oteyza no se propone una minuciosa recopilación documental sobre Adelardo López de Ayala, ni la adición de nuevos datos a los ya conocidos sobre este autor. Adopta un punto de vista crítico ya prefigurado en el subtítulo «figurón político literario». En una galería de grandes figuras históricas del siglo XIX acaso puede y debe incluirse, más que una figura propiamente dicha, un figurón «el más hinchado y también el más vacío de entre tales figurones». No hay, pues, que sorprenderse del tono irrespetuoso, burlón a veces, duro en ocasiones, con que Oteyza trata a su biografiado. Para él, López de Ayala es un cráneo vacío, un político inconsecuente, un literato ramplón. Sentadas estas apreciaciones en el prólogo de la obra, el desarrollo de la biografía coopera todo él a su confirmación con los actos de López de Ayala. Se nos cuenta sus primeros años en Guadalcanal, sus ambiciones de escritor precoz que, adolescente, escribe ya algunas obras dramáticas y líricas y planea, mientras estudia la carrera de leyes, su primera obra: «Un hombre de Estado». A los veinte años se presenta en Madrid con su drama debajo del brazo y con no escasa carga de ambiciones. Desorientado al principio, logra, por la influencia del ministro de la Gobernación, Conde de San Luis, que se estrene su obra en el teatro Español con mediano éxito. Ya aquí nos da Oteyza los dos hilos con que ha de tejer toda su vida Ayala: la actividad literaria y la política, prestándose reflejos y mutua ayuda y confundiendo sus fronteras conforme conviene a los intereses del ambicioso joven. Ayala se da a conocer, aprovechando precisamente sus cualidades de escritor, en la vida política, como colaborador del periódico satírico «El Padre Cobos», y el proceso que contra los redactores de dicho periódico y contra Ayala mismo se sigue, le hace célebre. Entra en sociedad, es elegido diputado a Cortes, e inicia sus defecciones políticas. Ingresa en el partido llamado Unión Liberal, y al tiempo mismo que afirma sus posiciones políticas estrena «El tejado de vidrio» y «El tanto por ciento», esta última obra con un éxito delirante; se le compara con Calderón, y por suscripción pública se le compra y ofrece una corona de oro. En cambio su carrera política se tuerce, y Ayala empieza a conspirar contra Isabel II en favor de la Infanta Luisa Fernanda y del Duque de Montpensier, contribuyendo en gran manera a formar el conglomerado de fuerzas políticas contra Isabel II. Él es quien redacta el

famoso manifiesto de Cádiz que dirigen al país los revolucionarios de 1868. Pero los propósitos de Ayala se frustran; Prim se señala muy pronto como el verdadero jefe de la revolución, la cual rebasa en seguida el carácter moderado con que Ayala la deseaba. En el encuentro entre las tropas revolucionarias y las de la reina, que culmina en la batalla de Alcolea, la intervención de Ayala como mediador y diplomático es tan eficaz como valerosa. En este punto Oteyza hace justicia a su biografiado y confiesa que el figurón ahora llega por un momento a ser figura. Ayala es nombrado ministro de Ultramar, sin que su labor en su departamento merezca recuerdo alguno, y sufre un grave contratiempo político al querer, ya demasiado tarde, rectificar la tendencia radical de la revolución, viéndose en la necesidad de dimitir. A modo de consuelo logra entrar en la Academia Española en 1870, y luego es ministro con Amadeo de Saboya, gracias a sus artes de adaptación a toda situación política. Pero a pesar de estas artes, durante la República no tiene más remedio que retirarse a la vida privada. Con la restauración borbónica y el entronizamiento de Alfonso XII retorna a su auge. Ayala, que tanto había contribuído al destronamiento de Isabel II, no siente el menor escrúpulo en esta nueva defección, que crudamente señala su biógrafo, en ser ministro con el rey Alfonso, del que se hace en seguida muy bienquisto y para el que redacta alocuciones igual que años antes había redactado manifiestos contra su madre. Son estos sus años de grandeza política. En 1878 es elegido presidente del Congreso, cargo para el que le abonan su serenidad y grandilocuencia. El mismo año escribe y estrena su obra «Consuelo», algunas de cuyas escenas terminó en el propio salón de sesiones, desde su sitial de presidente, aprovechando los debates tranquilos. Oteyza, que hasta ahora no ha hecho crítica de la obra literaria de Ayala, nos da una revista y explicación muy severas del famoso drama. Ya ha llegado Ayala a la cúspide de su fama. Aun tiene en las Cortes un momento apoteótico al pronunciar el discurso necrológico por la primera esposa de D. Alfonso, la reina Mercedes. Y cuando acaso le esperaba la Presidencia del Ministerio, una enfermedad respiratoria, ya antigua, da fin a su vida en 1879. La biografía termina con una «Apoteosis final» en que se nos describe el entierro con todo su imponente cortejo militar y civil, teatralidad que corona adecuadamente la vida del «figurón». [78]

F) MEMORIAS

GUTIÉRREZ GAMERO (Emilio), de la Academia Española.—*El ocaso de un siglo.*—Memorias.—Continuación de «Mis primeros ochenta años».—Editorial Juventud, S. A.—Barcelona.—230 páginas, 8.° m.—Pesetas 5.

«El ocaso de un siglo», quinto volumen de las Memorias que viene publicando el Sr. Gutiérrez Gamero, abarca el período que se extiende desde las postrimerías del reinado de Alfonso XII hasta las vísperas del derrumbamiento de nuestro imperio colonial en las Antillas y en el archipiélago filipino. Testigo próximo, cuando no actor de la vida pública española durante ese lapso de tiempo, el autor, admitido a la intimidad de los prohombres de la Restauración, ofrece en las páginas de su libro, al correr de la pluma, un animado panorama de la España de esos años. Eludiendo cuanto puede el hablar de sí mismo—las referencias autobiográficas aparecen reducidas en su obra a lo estrictamente inexcusable—, narra los sucesos, principalmente políticos, de mayor importancia por su significación momentánea o por su ulterior trascendencia; recoge siluetas y casos de hombres públicos, oradores, generales, escritores, artistas—Castelar, Cánovas, Sagasta, Romero Robledo, Serrano, Zorrilla, Bretón—; expone el juego de los partidos políticos en torno al poder, en los días de la Regencia, las pintorescas interioridades de su vida y alternativas; habla de conspiraciones, cábalas y enredos, y, por que nada se eche de menos en el cuadro, no falta, en suma, ni un pronunciamiento. Casi toda la obra recoge el latido de la historia viva española en Madrid, resonador de la vida nacional, en los veinte años postreros del siglo XIX. Tal es, en efecto, con escasas excepciones, el escenario que sirve de fondo al desfile de figuras y acontecimientos que forma el libro. Acá y allá, ensartados en el hilo de la narración, ecos de la actualidad cotidiana madrileña del momento acaban de caracterizar y sazonar el cuadro: motines callejeros, «hechos de sociedad», la inauguración de un teatro, un sonado crimen («el crimen de la calle de Fuencarral»), unas elecciones a diputados que dan el triunfo en Madrid, inesperadamente, a los republicanos, el estreno de «La Dolores», la catástrofe del Circo de Price...

La obra se cierra con los primeros chispazos del nacionalismo vasco en San Sebastián, mientras, al otro lado del Atlántico, los Estados Unidos se disponen a intervenir en la lucha entre España y los insurrectos cubanos, «a fin de asegurar una paz estable en la isla de Cuba», según anuncia la nota por entonces entregada al ministro de Estado español por el embajador norteamericano en Madrid. [79]

*

HOYOS Y VINENT (Antonio de), marqués de Vinent.—*El primer estado.*—Actuación de la Aristocracia antes de la Revolución, en la Revolución y después de ella.—Compañía Iberoamericana de Publicaciones, S. A.—Renacimiento, Puerta del Sol, 15. Madrid.—Ronda de la Universidad, 1. Barcelona.—Esmeralda, 313. Buenos Aires.—255 páginas, 8.°—Pesetas 5.

Desde el comienzo mismo de su obra advierte el autor que el papel de la aristocracia española «bajó mucho», precisamente en el período que «El primer estado» abarca—desde la Regencia de Doña María Cristina hasta la proclamación de la segunda República española. «Fué...—se añade—, salvo rarísimas y honrosas excepciones, su volar meramente decorativo, muy para figurar en crónicas de salones.» Y un ambiente de «crónica de salones» sirve de a fondo los primeros capítulos del libro. Sobre ese fondo proyecta el autor sus recuerdos infantiles y de adolescencia, sus experiencias primeras de la «vida de sociedad», y hace desfilar figuras y acnédotas del gran mundo finisecular, caracterizando rápidamente una época en que la vida de la aristocracia se aparece todavía diferenciada, como un mundo aparte dentro de la vida nacional. Pero al asomarse al siglo xx, el campo sobre que viene operando el escritor se ensancha. El autor recoge las profundas modificaciones sufridas en ese momento por la sociedad española en sus gustos y costumbres—modificaciones que han de conducir a una homogeneización de la vida nacional, primero, y, más tarde, a acabar con lo pintoresco y diferencial respecto de la vida europea de los nuevos tiempos—caracteriza la «nueva era», señalando la aparición sucesiva de sus rasgos sintomáticos; registra, en rápidos apuntes, figuras—Maura, Canalejas, Dato, Alba, Sánchez Guerra, Blasco Ibáñez, Alfonso XIII—y hechos de la vida pública española reciente—posición de España ante la gran guerra, repercusiones de ésta en nuestra vida social y política, la guerra de África, los episodios de la Dictadura, los movimientos que trajeron la caída de la Monarquía...—. Al final de su galería de croquis históricos, el autor enfoca la situación de la nobleza con la República, dedicando breves palabras al deber de aquélla y, en general, de las clases conservadoras españolas, en estos momentos en que se inicia una nueva etapa en la historia de España. [80]

G) TEMAS CONTEMPORÁNEOS

GÓMEZ FERNÁNDEZ (Ramiro).—*«El 52»: De general a presidiario.*—Imprenta de Galo Sáez, Mesón de Paños, 8.—Madrid, 1932.—114 páginas, 8.° m.—Pesetas 2,50.

«Relato, lo más veraz posible—dice el autor—, del desgraciado

hecho que llevó a un general a presidiario», o sea del complot que estalló en Madrid y Sevilla en el pasado mes de agosto, con el propósito de derrocar al actual Gobierno. El libro aparece dividido en tres partes. En la primera («Madrid») se relatan los acontecimientos que tuvieron lugar la noche del 10 de agosto, y de los que fué teatro principal la Plaza de Castelar, hechos todos divulgados por la prensa de aquellos días. La segunda parte («Sevilla») historia la sublevación de Sanjurjo en aquella ciudad, los bandos que promulgó y los hechos realizados en las breves horas en que se tituló Capitán General de Andalucía. Al lado del caudillo, jefe principal del movimiento, destaca Fernández Gómez a aquellas otras personas que prestaron su ayuda al general rebelde y las de aquellos que se mantuvieron fieles al régimen, el fracaso de la rebelión, en fin, y la prisión de Sanjurjo y su reclusión en Prisiones Militares. En la tercera parte («Sanjurjo condenado a muerte») da el autor una visión de lo que era dicha prisión en aquellos días, abarrotada de gente, de jefes militares, de soldados y clases. Sanjurjo pasa allí los días de la incomunicación, y allí recibe, con pocas horas de intervalo, la noticia de su condena a la última pena y la de su indulto. Termina la obra con la noticia, entresacada de la prensa del día 26 de agosto, de la llegada del General Sanjurjo a la Penitenciaría del Dueso para quedar convertido en el número 52. [81]

*

GÓMEZ FERNÁNDEZ (Ramiro).—*Veinticuatro horas de terror.*—Ediciones Minuesa.—Madrid, 1932.—108 páginas, 16.°—Pesetas 1.

Integran este pequeño volumen dos reportajes: el que da título a la obra y «El impresionante caso del sindicalista Joaquín Aznar». «Veinticuatro horas de terror» constituye el dramático relato de la huelga del hambre declarada en la Cárcel de Barcelona por un grupo de presos sociales y políticos, el día 22 de agosto de 1931. El segundo reportaje es una interviú celebrada por el autor del libro con un conocido sindicalista, que le narra los principales hechos y peripecias de su vida. El libro lleva un breve «pórtico» del periodista D. Félix Paredes. [82]

*

GRAÑA (Manuel).—*¿Qué debe España a los religiosos?*—Imprenta Juan Bravo, 3.—Madrid, 1932.—256 páginas, 8.° m.—Pesetas 2.

Ofrécese al lector, recopilados en volumen, un conjunto de artículos publicados primeramente en *El Debate* por Manuel Gra-

ña, redactor de dicho periódico, con motivo de la discusión sobre la cuestión religiosa, y aparecidos bajo el título que hoy designa al libro. Se propone su autor, en estos artículos, dar a conocer la obra realizada por las órdenes religiosas, como medio de demostrar la injusticia de la persecución de que, a juicio suyo, son objeto. En la imposibilidad de dedicarse a todas ellas con todo detenimiento, como es su propósito, el autor advierte que se ha ido a las de «más bulto», por creer que, «defendidas unas, quedarán salvadas las otras». Muchas son las órdenes visitadas, y de todas ellas quedan patentes las actividades a que se dedican, desde la guarda, conservación y acrecentamiento de Bibliotecas y Museos, a la difusión de la cultura, o aquellas otras que se dedican a obras de beneficencia y caridad, con datos precisos respecto a cada una de ellas. Gran parte de estas Congregaciones Religiosas sostienen en el extranjero misiones cuya importancia hace resaltar el autor del libro, señaladamente las de aquellas que, como los franciscanos, se fijaron en países a los que llega nuestra influencia, como Marruecos y América, a cuya conquista y civilización tanto contribuyeron, y en diversas ocasiones llama la atención del Gobierno hacia lo que sufriría la obra de la cultura, y aun de la colonización, si se prescindiere de la ayuda de estos españoles, a los que llama los «mejores colaboradores» de la República. [83]

*

JIMÉNEZ DE ASÚA (Luis).—*Proceso histórico de la Constitución de la República española.*—Por..., Profesor de la Facultad de Derecho de la Universidad de Madrid, Presidente de la Comisión parlamentaria que compuso el Proyecto de Constitución, Presidente de la Comisión Jurídica Asesora.—Manuales Reus de Derecho.—Volumen LI.—Primera edición.—Editorial Reus (S. A.), Preciados, 1 y 6.—Apartado 13.250.—Madrid, 1932.—527 páginas, 8.°—Pesetas 10 en Madrid; en provincias, 10,50.

La obra, como indica suficientemente su título, historia la génesis y fases por que ha pasado hasta su aprobación en las Cortes la Constitución de la República española. Divídese el volumen en dos partes, en la primera de las cuales se estudian el Anteproyecto de la Comisión Jurídica Asesora, el Proyecto presentado a las Cortes y, por último, el texto constitucional aprobado por el Parlamento. En la segunda parte se expone la evolución sufrida en su articulado por la Constitución, desde el estado de anteproyecto hasta su expresión definitiva, consagrada por la aprobación de las Cortes, reproduciéndose los sucesivos textos, acompañados de una exposición razonada de las variantes. Termina la obra una completa «Bibliografía sobre la nueva Constitución española». [84]

MORI (Arturo).—*Crónica de las Cortes Constituyentes de la Segunda República Española.*—VI. «El Estatuto de Cataluña». (Debate sobre la totalidad.) «El acto de un juez». «La ley de Delegaciones del Trabajo».—Texto taquigráfico de los discursos.—Madrid, 1932.—477 páginas, 8.° m.—Pesetas 12.—VII. «La Reforma Agraria» (Debate sobre la totalidad),—Texto taquigráfico de los discursos.—Madrid, 1932.—574 páginas, 8.° m.—Pesetas 14.—M. Aguilar, editor. Marqués de Urquijo, 39.—Madrid.

Añade el autor dos nuevos volúmenes a los hasta ahora publicados de su «Crónica de las Cortes Constituyentes de la Segunda República Española». El criterio y método expositivo adoptados son idénticos a los seguidos en las anteriores partes de la obra. Al frente de cada volumen, un breve prólogo resume en sus líneas generales los temas tratados en el libro, su planteamiento en la Cámara, su resonancia en el país, su solución, e importancia de la misma para la vida nacional. La «crónica» propiamente dicha viene a continuación, construída a base de la transcripción de los discursos parlamentarios, tomados taquigráficamente y entreverados de notas y comentarios en que el compilador precisa su alcance y subraya actuaciones y actitudes. El grueso del volumen VI está consagrado a uno de los problemas capitales en lo que pudiéramos llamar la segunda etapa de la vida de las Constituyentes republicanas, una vez aprobada y puesta en vigor la Constitución y nombrado el Jefe del Estado. Ese problema no es otro que el planteado por el Estatuto catalán, que da título al susodicho volumen, en cuyas páginas se recogen algunos de los discursos parlamentarios que más han conmovido a la opinión pública desde la implantación de la República (Sánchez Román, J. Ortega y Gasset, Ossorio y Gallardo, Lerroux, Azaña definiendo la actitud del Gobierno con respecto al Estatuto, etc.). Si la cuestión del Estatuto de Cataluña fué de máxima importancia, en lo político, para la República española en su primer año de vida, con la Reforma Agraria «la República comenzaba una era de pasmosa transformación económica». Los obstáculos con que hubo de tropezar esa Reforma en la Cámara, la agitación desarrollada en torno a la misma, la significación y alcance de la nueva ley han movido al compilador a dedicarle íntegramente el voluminoso tomo VII de su «Crónica», por estimar que «del debate hay que dar cuenta íntegra, por muy modestos que sean los nombres que iniciaron el gran problema». «Todos los discursos merecen la reproducción sin cortapisas», desde los que pronunciaron los Sres. Díaz del Moral, Hidalgo, Sánchez Albornoz, etc., hasta los de aquellos diputados—alguno de la talla de Sánchez Román—que opusieron sus discrepancias a la solución del problema propugnada por los elementos gubernamentales, o los ataques de los diputados agrarios, francamente hostiles a la Reforma. Cierran este tomo VII el discurso de resumen del debate de to-

talidad (discurso que corrió a cargo del ministro de Agricultura, D. Marcelino Domingo, en la sesión del 15 de junio de 1932) y unas sucintas «Palabras finales», en que el Sr. Mori concreta el estado parlamentario de la cuestión a la hora de entregar a la imprenta su libro, recogiendo unas declaraciones del presidente de la Cámara sobre el plazo en que, a su juicio, estarían aprobados el Estatuto catalán y la ley de Reforma Agraria. [85]

*

REQUEJO SAN ROMÁN (Jesús).—*De la Revolución Española: Los Jesuítas.*—Prólogo de Angel Herrera.—Con 16 fotografías fuera de texto.—Imprenta Martosa, Leganitos, 54.—Madrid, 1932.—206 páginas, 8.° m.—Pesetas 4.

Trata el autor en el presente libro, dedicado a Su Santidad el Papa y al pueblo español, de la reciente disolución de la Compañía de Jesús, decretada por el Gobierno de la República y aprobada en las Cortes el 23 de enero de 1932. Para ello comienza el autor por dar, brevemente, noticias de la génesis de la Compañía de Jesús y de su fundador. Al hacer historia del decreto de disolución de la Compañía y nacionalización de sus bienes, investiga cuál es el origen de la Orden, de qué fuerzas ocultas dimana esta persecución, y recoge la protesta que la medida suscitó fuera y dentro de España, así como la intervención en las Cortes de los diputados afectos a la Compañía.

A continuación se exponen las diversas actividades de los jesuítas, y cuánto les debe la obra de la cultura en empresas tan vastas como el Observatorio del Ebro, Escuela de Artes y Oficios, Universidad Pontificia de Comillas, etc., con los nombres de los miembros de la Compañía que más se han distinguido en las diferentes ramas del saber. Finalmente, señálase la extensión e importancia que la fundación de San Ignacio ha alcanzado en otros países. [86]

*

RUIZ TOMÁS (Pedro).—*Del liberalismo al comunismo.*—Centro Editorial Miguel Angel.—Valencia, 1932.—63 páginas, 8.° m.—Pesetas 1.

En esta obra, escrita para el obrero español, hace el Sr. Ruiz Tomás una breve exposición de las distintas teorías sociales, como entrada al estudio del comunismo, que analiza a la vista de sus

leyes, en sus diversos aspectos, tales como «libertades públicas, obligatoriedad de trabajo, militarismo, familia, propiedad, etc.», para terminar señalando sus errores, y como consecuencia del reconocimiento de los mismos, el cambio de táctica introducido por el Gobierno ruso en determinados órdenes, como son lo relativo a la propiedad privada y al régimen del salario. Para todos los excesos de la doctrina comunista ofrece el autor como remedio el nacionalismo, y finalmente indica cuáles son, a su juicio, las posibilidades del comunismo en España, en qué fuerzas encarna, y aquellas otras que se le oponen y que constituyen la salvaguarda del Estado. [87]

*

SÁNCHEZ GUERRA (Rafael).—*Un año histórico (España, 1931).*—C. I. A. P. (S. A.), Príncipe de Vergara, 42 y 44.—Madrid.—219 páginas, 8.°—Pesetas 5.

Comentarios a la vida política española en el transcurso de un año, exactamente (de enero a enero: 1931-1932). En sus páginas, publicadas primeramente en la prensa, va glosando el autor los principales acontecimientos de la vida nacional en ese período, desde las postrimerías del régimen monárquico, reciente la sublevación de Jaca y los fusilamientos de Galán y García Hernández; recoge luego sus propias entrevistas en París con Alba y los revolucionarios españoles emigrados, y, tras un silencio de dos meses, proclamada ya la República, a ella y a sus problemas dedica nuevos artículos, exponiendo, al margen de los acontecimientos, su ideología republicana, de un republicanismo liberal, católico y, sobre todo, preocupado de asegurar el orden y el porvenir de España dentro de la forma de gobierno que el país ha querido y sabido darse. La obra lleva, a modo de apéndice, dos comentarios de prensa al libro anterior de D. Rafael Sánchez Guerra («Proceso de un cambio de régimen»). [88]

*

PUBLICACIONES PERIÓDICAS DEL CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS

REVISTA DE FILOLOGÍA ESPAÑOLA

DIRECTOR: R. MENÉNDEZ PIDAL

PRECIOS:

ESPAÑA, 20 pesetas año. EXTRANJERO, 22 pesetas año.

Se publica en cuadernos trimestrales, que forman al año un tomo de unas 450 páginas. Van publicados dieciocho volúmenes, 1914-1931.

ARCHIVO ESPAÑOL DE ARTE Y ARQUEOLOGÍA

DIRECTORES:

M. GÓMEZ MORENO Y E. TORMO MONZÓ

PRECIOS:

ESPAÑA, un año, 30 pesetas. PORTUGAL y AMÉRICA, 35 pesetas.
Otros países, 40 pesetas. Número suelto, 15 pesetas.

Se publica en cuadernos cuatrimestrales.

ANUARIO DE HISTORIA DEL DERECHO ESPAÑOL

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN, 22 pesetas; número suelto, 25 pesetas.

Todas estas publicaciones están editadas por el Centro de Estudios Históricos. - Medinaceli, 4. - Madrid.

S. Aguirre, impresor.—Alvarez de Castro, 40.—Teléf. 30.366.